

El viento ese día

El viento ese día nos desnudó a todos.

Amaneció cubierto de niebla. El cielo, el mar, los árboles, los campos y las casas de la aldea, el perro negro del vecino, todo lo que veía a diario desde mi ventana había desaparecido y sentí que mi alma se había ocultado con ellos. El silencio del día se rompía con la cadencia lenta de las sirenas de los barcos.

Salí, me senté en el pozo y me puse a llorar. Por el camino que baja a la playa vi a un espectro que se acercaba, pero resultó ser alguien que pasaba en bicicleta. Pensé en el mar como cuando uno siente su corazón.

A medida que transcurrían las horas, la luz del día intentaba atravesar la perezosa sábana. Repicaron las doce desde las campanas de la espadaña de la iglesia y un rayo de sol iluminó las ramas de un castaño. Más tarde las cortinas del paisaje se abrieron y apareció lo cotidiano.

Tiré de la anilla de una lata de sardinas que llevaba en una bolsa de plástico y con un trozo de pan acolchado me hice un bocadillo. Las hojas de los árboles se agitaban y el viento llegó a mi lado trayéndome la palabra loco, como si alguien me lo llamase,

la sentí tan cerca que me asusté. Busqué el origen apartando el viento con las manos, pero fue inútil. Estaba a solas con él, que enredaba, se iba y volvía como hacen los perros cuando les lanzas un palo, pero el viento sólo me traía miserias humanas.

Después de comer me encontré a Dolores, que es una diosa del sexo. Me contó que el maldito viento le acababa de traer la conversación de Jesús y Amparo. Creía que estaban hablando mal de ella, pero no estaba segura pues los insultos se mezclaban con el noticiario de las dos. ¿Cómo era posible que el viento ese día fuese tan rastrero, metiendo cizaña entre la gente del pueblo?

Al rato sentí un trueno lejano y profundo como si sucediese en el horizonte de mi cuerpo, inmediatamente oí a Domingo y a Olga conversar, les escuché tan claramente como el diálogo de una película doblada. Ellos viven lejos, arriba en la montaña por encima del bosque, conviviendo con las nubes, esas que descienden lentamente como animales en extinción entre árboles y piedras. Decían, entre otras cosas, que yo era la persona más vaga del mundo y mi padre, un cantamañanas.

Me distraje con una canción que llegaba como un peregrino, era la voz de Leonard Cohen susurrando *What happens to the heart*, su música flotaba, se deslizaba por las espirales de los helechos, luego ascendía, se columpiaba en las ramas de los pinos y rebotaba en un muro de viejas pintadas. Pensé en lo apropiada que era para este momento tan extraño.

Caminé bordeando la ladera, el mar era un gato que se encrepaba. Me llegó el olor del tabaco con frases miserables de la tasca del pueblo: ¿Por qué tu cabra come en mi campo? ¡Si vuelves a pisar mis tierras te mato! ¡Sé que has envenenado a mi perro! Oía frases inconexas de un odio cada vez más violento.

Comenzaba a dolerme la cabeza por el viento dañino y por la tormenta que se estaba gestando en el vientre del cielo. Podía sentir su respiración de grises oscuros.

Cayeron unas primeras gotas gordas que dibujaron huellas de monedas de un euro, enseguida el cielo arrojó granizo con saña y rebotó en la tierra como canicas blancas. Bajo mis pies todo se volvió barro.

Al cesar la tormenta, volvieron las conversaciones a mis oídos, quizá siempre estuvieron ahí pero no podía oírlas.

Insistió el cielo oscuro con la lluvia en las manos e implacable la lanzó sobre el bosque que bordeaba la carretera, fue tal su fuerza que atravesó los incontables corazones verdes de los árboles. Un relámpago proyectó una radiografía en la pantalla del paisaje. Pasaron coches tocando sus bocinas, personas corriendo por todas partes, gritando y recriminándose entre sí. Corrí empapado entre la gente, unos alcanzaban a otros, caían al suelo y peleaban por las cunetas encharcadas. El viento se llevó un árbol delante de mí y vi volar una cabra. Apuré hasta llegar a casa tapándome los oídos, abrí la puerta y luego el viento la cerró de golpe.

Mientras el día se ocultaba, el viento aporreaba las contras y las ventanas y la angustia me recordó a La noche de los muertos vivientes. Empapado, me quité la ropa y me di una ducha caliente.

¡Qué de árboles hay en el cielo!, me susurró la voz dulce de una mujer que no estaba a mi lado.



Ondina

Ondina siempre tuvo una conexión profunda con su madre. Antes de venir al mundo, sus diminutos dedos pulsaban desde dentro la barriga de Enriqueta cada vez que sonaba el teléfono de casa, cuando no le gustaba una canción en la radio o para avisarle de los cambios de las mareas. En el instante en que se vieron por primera vez, sonrieron las dos y después lloraron. Ondina creció tocando las emociones extremas, terca y emotiva como una ópera. De niña a menudo caía al suelo, siempre en pavimentos de piedra o cemento, jamás en la hierba aunque llevase horas jugando, si no era un chichón, era un golpe en la boca o una herida en la rodilla. Su madre le quitaba hierro al asunto con algodón, crómer, tiritas, un ya pasó y un beso. Y transcurrieron los días para las dos como en una tragicomedia, entre risas y llantos. Su padre se llamaba Boro y era marinero, un hombre celoso, distante como la línea del horizonte. Ondina nunca estuvo en el mar de sus planes.

La niña era una mezcla de los dos, pero se parecía más a su padre. Vivían en una aldea de pescadores. Las mareas vivas eran tan extremas que el mar desaparecía, para luego volver ves-

tido de gris y verde. Llegaba con tanta fuerza que traspasaba la carretera, las calles del pueblo, las casas, subía hasta sumergir el cementerio, al final hacía una visita a la iglesia, por entre los bancos, y dejaba de ofrenda un bordado de espuma alrededor del altar.

Ondina se hizo mujer en la orilla lejana. Su madre lo supo en el mismo instante que cortaba un tomate. La niña corrió asustada sobre la arena mojada bordeando las rocas verdes llenas de pozas y pulgas, al llegar a casa se desmayó.

Siguieron las mareas y Ondina fue a estudiar a un instituto de A Coruña, porque en la aldea sólo había una escuela de primaria. Madre e hija tenían tal conexión en la distancia que sabían al momento de sus emociones, como la tarde que Enriqueta hacía crucigramas y vio rodar sin lógica la pluma estilográfica sobre la mesa hasta caer al suelo. Corrió al teléfono angustiada y antes de que marcase, ya sabía Ondina que su madre la llamaría en unos segundos. La niña tenía un ataque de apendicitis. Sería la primera vez de muchas que Ondina pasaría por un quirófano.

Boro iba a pescar en su barco, el Enriqueta II, y fondeaba en los espejismos del mar. Tenía el don de sacar algo siempre, aunque hubiese niebla o bancos de delfines que hervían el agua, tenía suerte con sus anhelos e intuiciones, sabía cómo lanzar el sedal y hasta dónde debía sumergir sus anzuelos, haciéndolos brincar por las incertezas del fondo. Cuando pescaba hacía magia, el mar era una enorme chistera, algunos ejemplares que traía a la superficie eran tan extraños, tan cargados de misterio y horror, que por miedo a no venderlos los devolvía a las profundidades y volvía a puerto con maragotas, fanecas y calamares. Traía siempre un par de cajas llenas y lo que no le vendía Enriqueta en el mercado, lo metía en el congelador de la cocina. A Boro, por causa de su personalidad solitaria, una tarde en el puerto, alguien cambió una consonante de su nombre y desde ese día le apodaron Bolo, el bolo es un pez estrecho que suele devolverse al mar.

Una mañana temprano, Boro volvió a esos lugares de misterio y algo tiró muy fuerte del sedal. Después de luchar con aquello durante un tiempo, sacó del mar una cabeza verde de ojos negros que enseñaba sus dientes afilados, sus agallas le parecieron dedos de una mano, el cuerpo era ancho y tenía tres colas. En un descuido de Boro el monstruo le mordió un brazo, cuando se desprendió volvió a su mundo dejando una explosión de espuma. Empapado de agua salada vomitó el desayuno, se hizo un torniquete con un trapo del barco, encendió el motor como pudo y emprendió rumbo al puerto dejando una estela de miedo, fondeó en la boya a duras penas y remó con dificultad en el bote auxiliar del Enriqueta II. Al salir del bote resbaló en la rampa y quedó inconsciente soñando con la oscuridad. Los marineros que andaban por allí lo socorrieron y lo llevaron al ambulatorio más próximo. Los médicos, viendo que la herida era profunda y con muy mala pinta, lo derivaron en ambulancia a A Coruña, pero no pudieron hacer nada por salvarle el brazo y se lo amputaron por debajo del codo. Su mujer y su hija lo estuvieron contemplando los días que estuvo ingresado. Un viernes le dieron de alta, como era fin de semana los tres volvieron juntos a casa en un autobús de línea por una carretera que avanzaba como un congrio. Boro arregló la baja y no volvió al mar, se quedó en casa viendo la televisión para siempre, entretenido con los documentales de Jacques Cousteau sobre misteriosos habitantes de las profundidades del mar, medusas de leds azules, violetas y blancos. Veía repetidamente Tiburón, de Steven Spielberg, o Abyss, de James Cameron. A veces señalaba con el dedo como si encontrase ahí al ser que le había mordido. Casi no hablaba, y si lo hacía, sus frases se reducían a sonidos guturales o monosílabos escupidos como el tabaco mascado hasta la saciedad.

Verlo allí plantado como un mueble a su familia llegó a parecerle natural. Sólo cuando la pleamar coincidía con la luna llena y el agua entraba en la casa, él rompía su rutina y cambiaba su

sillón por el sexto peldaño de la escalera que daba a los dormitorios, y esperaba allí sentado oliendo el mar y la brea hasta que la marea bajaba. Un día como otros de inactividad absoluta, descubrió en un documental lo que le había mordido y en ese instante enmudeció. Enriqueta ni se enteró de que el mar se había llevado su voz hasta la hora de cenar, cuando le llevó la cena en una bandeja, Boro movió su boca queriendo decir algo, pero no fue capaz. Enriqueta asintió, cubrió su boca con la mano y ladeó la cabeza. Volvió a la cocina, se sentó en una silla y bebió un vaso de vino, una lágrima como un pez diminuto recorrió despacio su piel.

Ellas siguieron con su especial relación en el interior de sus mentes y sus pálpitos a través del teléfono. Ondina había terminado el bachillerato y estudiaba el segundo curso de una FP de Estilismo, Peluquería y Maquillaje en la ciudad. Por influencia de las tendencias internacionales y las clases que impartía el centro, empezó a vestir raro y a maquillarse en exceso y se hizo famosa en el pueblo cuando bajaba del autobús cada fin de semana con un aspecto nuevo. Al llegar a casa mostraba a su madre con entusiasmo las nuevas tendencias del mundo y los chismes de las revistas del corazón, eran felices las dos con sus paseos por la aldea y la playa. Mientras, Boro dormitaba en su sillón.

Con esa dependencia de su madre y tanto fin de semana, Ondina era un pez que nunca picaba en el anzuelo de los hombres.

Acabó sus estudios y comenzó a trabajar en una peluquería cerca de la plaza de María Pita. Por ser trabajadora y desmedida, no pasó inadvertida y pudo colaborar como maquilladora en películas de cineastas gallegos. Cada día de rodaje hacía lo imposible por hablar con su madre desde el set. Un miércoles, Ondina, al contemplar el color del amanecer, tuvo un pálpito y llamó a su madre. Enriqueta salió al teléfono, Ondina nerviosa le preguntó si estaba bien, ella contestó: Sí, claro. Al colgar el teléfono, Enriqueta se desplomó sobre la alfombra.

Ondina enterró a su madre en el cementerio de la aldea en el momento que llegaba el mar.

Cada viernes volvía a la casa para visitar y cuidar a su padre, la mujer que lo atendía tenía los fines de semana libres. Ondina se levantaba temprano y veía la luna como un sol blanco reflejado en el mar. Un sábado de esos pasó un viajante que vendía miel de la Alcarria y le preguntó por Enriqueta, ella le dijo que no estaba en ese momento.

¿Y cuándo volverá?

No lo sé.

Ella siempre me compraba miel.

Con el tarro de miel en las manos, Ondina vio su vida borrosa, oscura. Supo entonces cuál sería la solución al vacío que sentía: se haría las operaciones que hiciera falta para parecerse a su madre y así tenerla siempre delante del espejo. Comenzó a frecuentar las clínicas de cirugía estética, empezando con la nariz, la tenía muy afilada como la de su padre, la de Enriqueta era más corta y carnosa, después siguieron los pómulos, luego se afiló las cejas como cormoranes volando a lo lejos, cada vez era más su madre. Engordó para ser ancha y se aumentó el pecho. Volvía a la playa de esa manera y caminaba por las sonrisas de la orilla o se sentaba en una roca al sol con una capa de algas verdes en las rodillas, como hacía Enriqueta.

Un sábado en el que las pinceladas grises de las nubes cubrían el cielo, paseó por la playa hasta el ocaso, hablando con ella misma de la tormenta que se aproximaba y de la cena que tenía que preparar a su padre. A las diez de la noche, cuando le llevó el sargo dorado a la plancha, se agachó para apoyar la bandeja en la mesita auxiliar y él le acarició la cara con el muñón. Ella entonces se sintió confusa, fue una caricia lenta. Ondina se quedó paralizada por la sorpresa, pero no tanto por la caricia como por lo que se despertó en su interior. En ese instante un rayo competía con los destellos del televisor. Sonó un trueno.

Esa misma noche, cuando su padre subió al dormitorio para acostarse, se la encontró en su cama, con el camisón de flores verdes de manga larga y abotonado hasta la garganta con el que Enriqueta se fue. Él rodeó la cama mirando al suelo y, como cada día, se sentó en su lado, se quitó los calcetines, los pantalones grises, la camisa vainilla y se puso el pijama azul mar. Levantó la sábana y apoyó su cabeza en la almohada, suspiró, alargó su mano hasta el interruptor y apagó la luz.

Ondina oía la tormenta que se desarrollaba en su interior y que competía con la que chocaba de forma atronadora sobre sus cabezas. Cuando sintió el muñón de su padre sobre su pecho una sonrisa nerviosa se dibujó en su rostro, se desabrochó el camisón y se lo quitó por la cabeza. Se sentó sobre su padre, le cogió el muñón con las dos manos, lo lamió y saboreó el mar. Un rayo iluminó el rostro de su padre y la cara de Enriqueta apareció en los ojos de Boro. Ondina cabalgó las olas cuando el mar enervado por la tormenta arrancó la casa de los cimientos y la engulló como un pez monstruoso.